

Democracia irreal en República Dominicana

Por Narciso Isa Conde

El tema de la democracia en República Dominicana, como experiencia concreta dentro del intrincado mosaico caribeño, no sólo debe ser analizado teniendo muy presente lo que ha sido el “vía crucis” de la democracia en la historia del capitalismo mundial y los enormes límites que ese orden de dominación integral le ha impuesto al caro anhelo de *“poder del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”*, sino además su recurrente degradación dentro de un capitalismo tardío, atrasado y subordinado, y a consecuencia del pesado fardo negativo impuesto a las bregas libertarias de nuestro pueblo por culturas despóticas de diferentes signos y por los intereses de determinadas elites sociales.

El capitalismo dependiente dominicano, en sus diferentes niveles y estadios registrados en nuestra historia republicana, nunca ha dejado de expresar una relación esencialmente reticente a la democracia y a la libertad, **muy parecida** a la que con tanta agudeza nos describe Ralph Miliband respecto de la historia general de ese injusto orden mundial.

“...se puede observar, para empezar, que el capitalismo, durante la mayor parte de su historia, no estuvo asociado con la democracia en ningún sentido en absoluto, y que la mayor parte de los defensores conservadores y liberales del sistema estuvieron completamente decididos a oponerse al avance de formas democráticas, principalmente a la extensión del sufragio, pero también a muchos otros avances democráticos. El capitalismo necesitó ciertas libertades con el fin de desarrollarse, y está ligado históricamente con las demandas burguesas de estas libertades, de freno al absolutismo y protección de los individuos, en particular de los individuos con propiedad, de las exacciones del Estado. Pero por valioso que esto fuera, las libertades que fueron conquistadas dejaron a la mayoría de la población en condiciones de severa sujeción económica, social y política; y dicha democracia, tal y como se había alcanzado, fue principalmente democracia para los poseedores de propiedad y excluyó de su ámbito a la gran mayoría que no tenía “apuestas en el país”. La extensión de la democracia y la libertad fue en gran medida el resultado de las presiones incesantes que venían de varias fuentes, principalmente de los movimientos obreros y de izquierda, contra los poderes de la propiedad y el privilegio dominantes, con la ayuda de miembros de la clase dominante que tenían temor a las consecuencias de una

oposición continua a dicha extensión”.

(Ralph Miliband, SOCIALISMO PARA UNA EPOCA DE ESCEPTICISMO. Editorial Sistema, Colección Politeia, 1994. pp. 41-42)

Muy parecida en lo esencial, pero todavía más distante y más negativa, dadas las peculiaridades adversas ya mencionadas y las fragilidades e insuficiencias institucionales derivadas de ellas.

En nuestro país, las cargas despóticas del dominio imperial, del atraso económico, político y social, de las abigarradas combinaciones entre estructuras capitalistas y precapitalistas, de la opresión de género y el dominio patriarcal, de las tradiciones caudillistas y tiránicas... se reciclan constantemente a un medio de continuo batallar por más y más libertades, no pocas veces conquistadas y casi siempre recortadas y pervertidas.

La proyección hasta el presente de la cultura política trujillista(1), la constante reencarnación del Estado delincuente y la alta dosis de despotismo integral derivada del dominio de clase y ahora del impacto polarizador de la denominada globalización neoliberal sobre los países periféricos del capitalismo, gravitan a contrapelo de la lucha por instituciones y poderes realmente democráticos y determinan todavía las enormes restricciones y limitaciones vigentes en la denominada democracia dominicana.

UN POCO DE HISTORIA.

La dictadura de Trujillo (1930-1961), la más absolutista y brutal en la historia latinoamericana y caribeña del siglo XX, brotó en gran medida del ejército creado durante la ocupación militar estadounidense de 1916-1924, constituido desde entonces en uno de los ejes básicos del despotismo y de la antidemocracia en República Dominicana.

El ajusticiamiento del tirano, la salida forzada, primero de sus familiares más cercanos, y luego de su heredero político Joaquín Balaguer(2); la desfavorable correlación de fuerzas entre la presión popular a favor de la democratización y la intervención mediatizadora de la

franja oligárquica que adversó la tiranía en su fase final y del poder imperial de los EE.UU., que llegó a ubicar sus portaaviones en la costa de Santo Domingo (finales de 1961 y principios de 1962), dieron lugar a un cambio político liberalizante, pero sin ruptura radical con el pasado.

Se trató de una apertura democrática limitada y precaria, con continuidad de las estructuras fundamentales del viejo ejército y del viejo aparato policial, con reconstitución del poder oligárquico-imperialista debidamente remendado.

La pesada trayectoria trujillista de una buena parte de los componentes de la Unión Cívica Nacional —espacio creado por la parte de la clase capitalista afectada por la concentración del poder económico en Trujillo y en familia y por la nueva derecha para liderar el recambio— junto a la prédica del *“borrón y cuenta nueva”* del Partido Revolucionario Dominicano de Juan Bosch (venido del exilio) y el interés estadounidense en preservar gran parte del viejo aparato burocrático-militar de dominación, determinaron resultados altamente mediatizados en materia de democratización, favorables fundamentalmente a una transición hacia una especie de “democracia restringida”.

Ese cuadro postrujillista fue intranquilizado por la victoria electoral de Bosch en las elecciones de diciembre de 1962, quien si bien como presidente de la República estuvo dispuesto a aplicar la política del “borrón”, en los hechos se enfrentó a la oligarquía “antitrujillista” de ocasión y se resistió a abrir una nueva “cuenta” de crímenes, represión, corrupción y adhesión al poder imperial. Mientras Bosch había aglutinado gran parte de los estratos bajos del trujillismo, la Unión Cívica Nacional representó las cúpulas oligárquicas que sustituyeron al tirano y su familia.

La Constitución Democrática de 1963, por demás, plasmó conquistas democráticas y normas de soberanía inéditas en la historia nacional.

Estas realidades y otros hechos derivados de ellas determinaron que el poder oligárquico-militar conformado a raíz de la aparente destrujillización del país, sustentado por el Departamento de Estado y el Pentágono de los EE.UU., se decidiera a asaltar nuevamente el

gobierno, y a disolver todas las instituciones recientemente electas y designadas reabriendo un período de represiones, corrupción de Estado y entreguismo extremo.

A través de ese golpe militar, ejecutado el 25 de septiembre de 1963, se instaló el corrompido y represivo régimen del Triunvirato que finalmente fue encabezado por Donald Read Cabral(3), prominente figura del antitrujillismo proimperialista y ahora destacado dirigente del Partido Reformista Social Cristiano de Joaquín Balaguer, después de replegar su antitrujillismo formal.

El régimen golpista le garantizó al sector oligárquico que había actuado en favor del desplazamiento de la cúpula trujillista el clima político necesario para desplegar tanto su vocación despótica como su proclividad a todo tipo de fechorías económicas y políticas, hasta que un contragolpe democrático-constitucionalista y la inmediata insurrección de abril de 1965 encabezada por el coronel Francisco Alberto Caamaño Deñó(4) —primer y único gran intento de ruptura radical con esa continuidad perversa— le volvió a “*quitar el sueño*” al despotismo renovado.

Las fuerzas del Estado despótico, remodelado a raíz del golpe militar, readaptado y empeñado en llenar el vacío que dejó la salida de Balaguer y de la familia Trujillo, no alcanzaron para contener la nueva ola democrático-popular que amenazaba desmantelarlo radicalmente por la vía insurreccional.

Entonces, justamente cuando se desmoronaba el viejo ejército creado durante la intervención militar estadounidense de 1916-1924, cuando se confirmó que la parte de la burguesía que se había distanciado de la tiranía en crisis estaba en desbandada, el ejército imperial(5) desembarcó el 28 de abril de 1965 con la misión de restaurar el viejo orden.

A partir de esa intervención militar estadounidense, de neto corte contrarrevolucionario, la insurrección popular fue puesta a la defensiva, a su obligada contención y retroceso, y finalmente a una salida negociada, que si bien fue asumida con dignidad desde el campo de fuerzas constitucionalistas, selló el triunfo de la contrarrevolución y dio paso a la reconstrucción del viejo ejército bajo la tutela del Pentágono.

Se abrió camino así a un proceso de restauración del viejo Estado bajo formas democrático-liberales, condicionadas por un fuerte componente neotrujillista y por todas las derivaciones de la teoría de la seguridad nacional impulsada por el reforzado dominio estadounidense.

Las elecciones de 1966, totalmente condicionadas por la intervención militar estadounidense y signada por el fraude a favor de Joaquín Balaguer, implicaron un paso decisivo en ese proceso de reconstrucción y readecuación del viejo orden, a todas luces dirigido a reforzar la hegemonía del capital imperialista, a garantizar la consolidación y expansión de la burguesía dependiente, a recomponer el reinado de la impunidad, a diezmar y derrotar (por la vía del terrorismo de Estado y de todas las técnicas de contrainsurgencia) las fuerzas revolucionarias sensiblemente fortalecidas en el curso de la insurrección de Abril y de la heroica resistencia antiyanqui.

TREINTA Y CINCO AÑOS DE CONTRARREVOLUCIÓN.

Tales propósitos fueron cumplidos a plenitud y ello ha implicado un prologando dominio de las fuerzas de la contrarrevolución, no sin una persistente resistencia y denodados y heroicos combates a favor de las libertades democráticas.

Democracia restringida o seudodemocracia, Estado delincuente, autoritarismo y caudillismo combinado con logros democráticos. Liberalismo mezclado con conservadurismo represivo. Libertades conquistadas tenazmente defendidas, neotrujillismo y espacios democráticos alcanzados enfrentados, han coexistido a todo lo largo de la posguerra de abril de 1965.

Esas combinaciones, con una persistente hegemonía de lo peor, pero con correlaciones variadas, han sido dominantes en los 35 años posteriores a la victoria contrarrevolucionaria y a la restauración del neotrujillismo, los cuales le han dado a Balaguer no sólo la principalía dentro del partidismo tradicional y del sistema político vigente, sino la posibilidad de contaminarlo en toda su extensión y profundidad.

Ese fenómeno, recurrentemente reciclado y periódicamente rearticulado a la cultura autoritaria

y al servilismo respecto a los EE.UU. ha dominado tanto los 22 años que le tocaron a Balaguer ejercer la todopoderosa Presidencia de la República, como los ocho años de los dos gobiernos del Partido Revolucionario Dominicano (PRD)(6) liderado por Peña Gómez, y los último cuatro que le ha tocado gobernar el Partido de la Liberación Dominicana y al Doctor Leonel Fernández Reyna(7), después de su ignominioso pacto con Balaguer y el Partido Reformista Social Cristiano en las elecciones de 1996.

Y ese dominio, caracterizado por la diabólica mezcla del neotrujillismo balaguerista y el intervencionismo estadounidense en el marco de una “democracia electoral”, ha contaminado y pervertido en gran escala las instituciones, los actores políticos de orígenes diverso, los mecanismos y métodos empleados por ellos en los espacios de su competencia; incluidos partes de los que inicial, o circunstancialmente, les adversaron.

La contrarrevolución de factura imperial penetró lenta pero progresivamente en las profundidades de esas fuerzas y ha sido reforzada por la ola conservadora emanada del colapso del llamado socialismo real europeo, de la unipolaridad a favor de EE.UU. y auge del neoliberalismo a escala mundial.

Claro que el proceso no ha sido ni lineal ni uniforme en esta prolongado período pos insurrección de Abril de 1965. Tampoco unilateral.

Abril de 1965 representó en el escenario dominicano la segunda revolución democrático-popular en marcha dentro de la primera gran ola revolucionaria continental que tuvo como teatro de operaciones fundamental el Caribe.

Se trató de un valioso esfuerzo brutalmente cortado, de un hermoso proceso transformador violentamente obstruido por las tropas imperiales después que pueblo y militares honestos y democráticos habíamos logrado derrotar la parte reaccionaria y corrompida de las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional y desplazadas del poder a la derecha oligárquica.

Entonces el coronel Caamaño simbolizó la esperanza redentora.

Entonces el general Elías Wessin y Wessin representó la destrucción, la muerte y el genocidio.

Las tropas yanquis salvaron a las fuerzas antidemocráticas de la derrota total y posibilitaron poco después —vía represión y fraude— el retorno de Joaquín Balaguer Ricardo, autodefinido como Cortesano de la Era de Trujillo(8), a la Presidencia de la República.

Balaguer gobernó durante tres períodos consecutivos (doce años), a través de sucesivas reelecciones dentro de comicios fraudulentos, hasta que un PRD, sensiblemente rechazado y domado por el predominio de la contrarrevolución, con el respaldo de la Administración Carter y del gobierno de Carlos Andrés Pérez logró imponer su triunfo electoral en 1978, venciendo parcialmente el fraude (control total del Poder Ejecutivo pero con dominio balaguerista sobre el Senado, cuya composición fue adulterada por el fraude).

A doce años de terrorismo de Estado, sensiblemente debilitado en la fase final ese régimen por el repunte de la conciencia democrática nacional, le sucedieron ocho años de democracia liberal restringida, mediatizada por la prolongación de la impunidad y el contrapeso balaguerista; por la continuidad de las estructuras militares-policiales fuertemente imbuidas de la cultura balaguerista, por la vigencia sin alteración de los principales componentes del poder permanente (poder militar, empresarial, imperial e ideológico-cultural) que condicionaba y condiciona las instituciones renovables por elecciones (Poder Ejecutivo, congreso, ayuntamientos...).

Un PRD doblegado, dividido, corrompido y más rechazado dio paso a un Balaguer electoralmente rehabilitado, y con ello a un terrible costo de otros diez años más de administración balaguerista (1986-1996), con un fuerte despliegue de contaminación de su “cultura política” y de su poder corruptor sobre el propio PRD y muy especialmente sobre el hasta entonces impoluto PLD, y también sobre otros estamentos de la “*sociedad política progresista*”.

Cargado el sistema político y sus estructuras partidistas de esa contaminación y presente una transfusión conservadora potenciada por los cambios mundiales post-derrumbe, el PLD, justo

cuando logró romper el sistema bipartidista, cayó aceleradamente en las redes del neotrujillismo balaguerista y pasó a formar parte de una trilogía política cada vez más impregnada en la actualidad de esa cultura y cada vez más decidida a exculpar y a aliarse con Balaguer y los balagueristas.

Asociado a Balaguer y con el decisivo apoyo de éste, el PLD llegó al gobierno en 1996 y tanto su Presidente como sus estructuras partidistas, cada vez más fundidas con el Estado, han reciclado y remozado las prácticas neotrujillistas, han imitado en todo lo posible a Balaguer, han garantizado su preeminencia política y han potenciado el clientelismo, la corrupción, el pragmatismo sin principios, el autoritarismo y el neocaudillismo. Todo esto con un manto neoliberal desnacionalizador mucho más denso y extenso, envuelto en un disfraz modernista y post-modernista intensamente promovido y publicitado desde el poder por el presidente Fernández Reyna.

El racismo antihaitiano, ejercido como desprecio, discriminación, humillación y maltrato frente a la emigración haitiana en esta parte oriental de la isla y frente a la existencia obligada del pueblo haitiano en nuestra vecindad (calificado sistemáticamente como “amenaza peligrosa” contra la dominicanidad), sigue siendo persistentemente renovado como instrumento que revela uno de los componentes más ominosos del despotismo trujillista y neotrujillista.

Tal componente de la ideología dominante es una de las expresiones más deleznable de la cultura despótica en nuestro país, esgrimida sistemáticamente sobre todo por Balaguer y el PRSC y por Leonel Fernández y el PLD; usada también como arma de chantaje contra Peña Gómez antes y después de su muerte, por su condición de negro descendiente de emigrantes haitianos; esgrimida todavía contra el PRD a quien el oficialismo racista lo considera prohaitiano y nutrido electoralmente por inmigrantes haitianos.

Más allá de sus formas liberales y de la vigencia formal del sufragio y de la representatividad en las instituciones electivas, el sistema político-jurídico y el orden social imperante en nuestro país es profundamente autoritario, patriarcal, racista antihaitiano, oligárquico-capitalista y dependiente.

La democracia, vaciada de soberanía nacional y popular, vaciada de contenido social y económico a favor de las mayorías, secuestrada por los superricos, queda hueca y se reduce a un conjunto de libertades conquistadas a base de mucha sangre y sacrificios y ejercida sistemáticamente contra toda suerte de restricción, contra múltiples y variadas embestidas y contra muchos factores adversos.

¿Qué tipo de democracia tenemos y cómo funciona la “realmente existente” en nuestro país?

A riesgo de esquematizar demasiado por la necesidad de la síntesis, procuraré establecer en forma resumida las características institucionales, los procedimientos más comunes, las reglas de juego formales e informales, las situaciones de hecho y la relación entre los poderes renovables y permanentes que integran la mal denominada democracia dominicana.

La brevedad necesaria me obliga a desechar detalles y vertientes del tema que permitirían darle más riqueza a esta exposición, pero es claro que su omisión no altera fundamentalmente el propósito de este ensayo.

En el caso dominicano, la “*democracia liberal representativa*” implantada después del ajusticiamiento del tirano Trujillo y de las sucesivas luchas a favor de las libertades ha sido una expresión limitada y deformada de la democracia liberal vigente en otras zonas y puntos del planeta.

Ha sido más bien un subproducto histórico concreto montado sobre nuestro capitalismo periférico y condicionado por la continuidad readecuada del trujillismo, por la tutela de clanes burocrático-militares esencialmente despóticos, por el peso limitante del poder imperial y los efectos de sus planes recolonizadores, por la gravitación de la mentalidad neotrujillista sobre instituciones y partidos, por el dominio de la cultura del fraude y de la trampa, por la cultura patriarcal y por el racismo-antihaitiano.

En esta llamada democracia liberal-representativa el peso de lo antidemocrático, del poder de

minorías opulentas y opresoras, del autoritarismo y el caudillismo político, del despotismo económico y social, y del espejismo seudodemocrático es enorme.

Dentro de ella, tanto el **PODER PERMANENTE** como las **INSTITUCIONES RENOVABLES** por el voto están muy lejos del ideal democrático. Y esto es todavía más grave por lo que ha representado la continuidad de métodos y tradiciones sumamente autoritarios dentro de esos poderes estatales formalmente liberales, así como por la preeminencia de la usurpación constante de la soberanía popular desde sus instituciones, leyes, mecanismos y procedimientos de facto.

El **Poder Permanente** en este tipo de “democracia” está integrado por instancias que no son sometidas al sufragio universal y que no pasan por la prueba del veredicto de sus bases o de las bases de nuestra sociedad, pero que gravitan en forma determinante sobre las instituciones electivas.

Entre esos componentes del Poder Permanente se destacan:

- *Los cuerpos militares y policiales (Ejército, Marina, Aviación, Policía, organismos de seguridad), muy especialmente sus estructuras de mando.*
- *Los monopolios y oligopolios económicos, grandes empresas y grupos financieros privados.*
- *Los medios masivos de comunicación controlados por los grandes grupos económicos.*
- *La Iglesia institucional (especialmente la Católica) controlada por cúpulas vitalicias y regidas por normas reñidas con la democracia.*
- *Los mecanismos de control supranacional: corporaciones transnacionales, cadenas de comunicación, Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización Mundial de Comercio, misiones militares del Pentágono, cuerpos de asesoría y asistencia técnica, embajada de EE.UU, otros.*

Ese Poder Permanente, con esos componentes, excluye de las decisiones y de las posibilidades de vida digna a la gran mayoría trabajadora, al pueblo pobre, a las mujeres, a las bases de las iglesias, a soldados, clases y oficialidad subalterna de los cuerpos castrenses, a pequeños y medianos empresarios, a gran parte de la sociedad rural y todo lo que podría ser denominado “sociedad civil popular”.

Negros, mulatos, emigrantes, mujeres, niños, sufren el peso de la discriminación, del maltrato, de la supresión de derechos y hasta del trabajo semi-esclavo en no pocos casos.

Las elites de la Fuerza Aérea, la Marina de Guerra, el Ejército, la Policía, la Iglesia Católica, los grandes grupos económicos y corporaciones empresariales y no pocos medios de comunicación son sistemáticamente manipulados para favorecer opciones políticas tuteladas y procesos electorales viciados y para secuestrar las instituciones supuestamente representativas.

En fin, los mecanismos del **poder permanente** no están normados por la democracia ni actúan en su favor, sino que gravitan en el sentido de la discriminación, la explotación, la exclusión, la opresión, el despotismo y los intereses de minorías. Y esto ha sido potenciado por el acelerado proceso de privatización del patrimonio público, natural y cultural del país y por la privatización de la política electoral llevado a cabo en esta era neoliberal.

Y si el poder permanente es esencialmente antidemocrático, **las instituciones del Estado con direcciones renovables** a través de elecciones, sus mecanismos de elección y representación democráticas y las posibilidades de reciclaje periódico de unos y otros, están afectadas por profundas desigualdades en la competencia, por normas discriminatorias en el ejercicio del sufragio, por la constante usurpación de la voluntad popular a continuación de las votaciones, por la desproporción en la representación, por las utilización abusiva de los recursos del Estado a favor de quienes ejercen el gobierno, por el ventajismo en la competencia, por las restricciones antidemocráticas, e incluso por la existencia de reglas y estructuras electorales vulnerables al fraude.

La anulación de la participación y la manipulación permanente de los electores mediante mecanismos que posibilitan la usurpación de su voluntad, es una constante.

La autonomía de los poderes legislativo, judicial y municipal las más de las veces es una ficción y el poder local que deberían encarnar los ayuntamientos prácticamente no existe. Las ejecuciones de sus presupuestos son secretos de Estado y fuentes de múltiples formas de corrupción.

La soberanía y la participación popular quedan reducida a unos cuantos minutos cada cuatro años, esto es, al acto de votación para elegir una parte de las autoridades del Estado.

En los comicios liberales, el pueblo entrega su soberanía a favor de los funcionarios electos y a continuación es despojado del derecho a controlarlos y a revocarlos. La “*legalidad*” resulta inmutable durante cuatro años, aunque implique una estafa política, aunque el delito de Estado la acompañe o aunque la misma sea hija del fraude.

Eso les permite a los/as candidatos/as estafar a electores y convertir el voto de mayorías en gobiernos e instituciones de minorías sociales, e incluso les posibilita ganar a los que pierden y perder a los que ganan en los casos más escandalosos. La consagración de las dos vueltas electorales ha venido a servir para que pierda el que gane y ganen los dos que pierden.

Esa dinámica le posibilita también al poder imperial, a las cúpulas capitalistas, a las altas jerarquías militares y a la “clase política” corrompida, instrumentar candidatos, financiar y condicionar (previa o posteriormente) a los funcionarios electos, subordinar y asaltar directa e indirectamente las instituciones renovables.

La “*democracia representativa-liberal*”, sentada sobre las estructuras capitalistas, resulta así el sistema político óptimo para que las minorías dominantes puedan gobernar a nombre de las mayorías, atadas éstas a un orden legal que actúa como camisa de fuerza y que tiende a anular al pueblo como sujeto político realmente participante y deliberante. Y por esa ruta este sistema político deviene en “*democracia irreal*”.

La herencia caudillista, el individualismo extremo, el poder del dinero, la sucesión jerárquica, las reelecciones desde los gobiernos e instituciones electas, los métodos cuasimonárquicos, la vitalidad corporativa, rigen la vida política, estructuran espacios y clanes que actúan como especie de **“poder detrás del trono”**, los cuales condicionan las instituciones formalmente renovables y tutelan gobiernos, partidos, instancias judiciales, asambleas legislativas, cabildos, organismos municipales y campañas electorales.

Y a esos mecanismos del poder nacional se agregan instancias supranacionales de poder permanente que determinan las políticas económicas, las estrategias, las políticas de seguridad y orden público, los créditos internacionales y las formas de endeudamiento, las privatizaciones, las políticas educativas, los planes de salud, las políticas de inversión... anulando así los componentes básicos de la autodeterminación nacional y de la soberanía popular. Esas instancias (FMI, OMC, BM, AID, Embajada de EE.UU., Cuerpo de Asesores Militares del Pentágono...) están controladas por el poder imperial estadounidense, por otras potencias o combinaciones entre ellas.

El mercado, presentado como espacio de competencia y libertad, deviene en un escenario dominado por oligopolios y monopolios (nacionales y extranjeros), y se constituye en una expresión más o menos acabada del despotismo económico sublimado.

El crédito pasa a ser instrumento dominado por pocas entidades financieras para favorecer a unos cuantos magnates del comercio, de los servicios privatizados, de la inversión extranjera y de los grandes consorcios transnacionales dentro de las políticas de “crecimiento” que le interesa a los gestores de los modelos neoliberales.

La nación, sus medianos y pequeños empresarios, sus productores nacionales, sus campesinos/as, sus microempresarios/as, sus sectores informales, sus asalariados/as, sus masas pobres... el pueblo todo, es convertido en víctima de la usura practicada por representantes de las altas finanzas y de los ajustes del FMI y el BM.

El derecho a la salud, a la educación, a la diversión, lo ejercen cada vez más un menor porcentaje de nuestros pueblos.

La justicia se entiende como impunidad de los poderosos y discriminación contra los humildes, gravitando negativamente sobre ella gobierno, oligarquía capitalista, bufetes de juristas articulados a grupos financieros, partidocracias y mafias.

La libertad de morir cuesta un dineral a los deudos vivos.

El derecho a gobernar se convierte en derecho exclusivo de una mal llamada “*clase política*”, de una partidocracia financiada por su propia corrupción y por los grandes empresarios, ducha en el engaño, la estafa, el tráfico de influencia y la subordinación al gran capital y al poder imperial.

La cultura totalitaria, el “discurso único” neoliberal, la manipulación de la información alcanzan niveles que posibilitan una especie de dictadura para moldear mentes, patrones de consumo, formas de vida y de muerte.

El peso del machismo, la brutal discriminación y la violenta opresión de la mujer, no ha encontrado en estas estructuras liberales, burguesas (más o menos mediatizadas o deformadas) ningún freno eficaz, mucho menos mecanismos superadores. Más bien se potencia su hegemonía aun dentro de las tradicionales concesiones de cuotas institucionales y del incremento de la hipocresía y de la doble moral, atropellando además la libertad de opción sexual.

Los vínculos destructivos del Estado delincuente, de la gran propiedad privada y de las relaciones de producción y distribución vigentes respecto al medio ambiente y al entorno ecológico, han seguido agravándose en el marco de gobiernos post-tiranía, traduciéndose en resultados que ponen en peligro la vida vegetal, animal y humana en nuestra isla.

La cultura racista-antihaitiana se convierte en práctica cotidiana de discriminación, sobreexplotación y maltrato esclavizante contra los contingentes de emigrantes haitianos y contra las comunidades dominico-haitianas establecidas en el país.

La indiferencia con que las autoridades observan el maltrato, la sobreexplotación, la discriminación y la represión que sufren los y las emigrantes dominicanos en las metrópolis imperiales, han roto todos los récords de insensibilidad y revela la indulgencia frente a esa variante metropolitana de despotismo.

--- O ---

Así las cosas, las reiteradas frustraciones y las sucesivas estafas han provocado una significativa crisis de credibilidad y de confianza de una parte importante de los electores en los partidos tradicionales, en los mecanismos y en las instituciones de este tipo de democracia, que en nuestro país se expresa como ascenso de la abstención electoral y como incremento de las luchas extrainstitucionales.

Todo esto revela que nos encontramos no sólo frente a una crisis social y económica desgarradora, sino también ante una crisis de la “*democracia realmente existente*”, que es esencialmente una “democracia irreal”; crisis de sus bases capitalistas dependientes y de la cultura despótica que las impregnan, imposibilitadas de garantizar los derechos humanos esenciales, de superar la indigencia y la pobreza, de dar plena vigencia a la revocación del mandato, de democratizar el Estado y la sociedad civil, de superar la dictadura de género y la opresión infantil, de erradicar el racismo, de ponerle fin a la depredación de la naturaleza y al envenenamiento de la sociedad, de erradicar los poderes permanentes autoritarios y despóticos, de frenar la desintegración social y la degradación moral de las instituciones y de hacer de la democracia algo integral: política, social, económica, cultural y de género.

Y en tales circunstancias, la ruptura y superación de esas instituciones y ese poder es premisa obligada de las grandes transformaciones democráticas, porque las instituciones del poder permanente y del poder temporal al servicio de ese bloque de dominación se sostienen ejerciendo una alta dosis de violencia y represión (más o menos disfrazada, o más o menos descarada).

Vivimos en una sociedad donde el poder de clase, el poder patriarcal, el poder ideológico y el

poder político establecido se reproducen a través del ejercicio de la violencia en todas sus expresiones: económica, social, cultural, ideológica, psicológica, política, militar... deformando y adulterando el sufragio; imponiendo por tanto —vía la integración de todas sus expresiones— una dominación cotidianamente violenta, que sólo podrá ser definitivamente vencida con una contrapartida insurgente desde un gran y diverso torrente social y político emancipador.

--- O ---

Los escasos y limitados factores de soberanía nacional, de soberanía popular, de comunicación democrática, de participación de las mayorías y poder de decisión de ellas, de acceso a los derechos vitales existentes (alimentación, salud física y espiritual, educación, vivienda digna, libre creación artístico-cultural, científica y tecnología), no permiten calificar el sistema político liberal-representativa como una auténtica democracia o algo parecido.

A esa realidad se agregan las implicaciones nefastas del no ajuste de cuentas con la cultura y los métodos trujillistas de gobierno, los que le ha permitido a esa forma de gobernar y hacer política sobrevivir y reencarnar, lograr transfusiones y reproducirse en el marco de la camisa de fuerza imperialista impuesta al país, la cual ha impedido la ruptura radical con esa parte de nuestro pasado reciente.

Así las cosas, Balaguer relevó a Trujillo y ha logrado reproducir no pocos balagueritos, que diseminados en sus filas y las filas de los que una vez fueron sus adversarios, han prolongado su vigencia política y la continua renovación de su condición de jefe de la llamada clase política tradicional y de la partidocracia corrompida, distribuida en los tres estamentos políticos que oligopolizan todavía el sistema electoral y las instituciones que la conforman humanamente en el marco de la competencia y el reparto ejercido desde él.

La ancianidad extrema de Balaguer, sus enormes limitaciones físicas, su enorme maldad muchas veces repudiada; su condición históricamente comprobada de expresión de una minoría envilecida, no han valido para impedir que siga jugando ese destacado papel dentro

del sistema político, sino que, por el contrario, políticos jóvenes como Leonel Fernández, lo han asumido como especie de “paradigma” intocable y como “obra de consulta”.

Balaguer, en un contexto como el descrito, no sólo vive físicamente (disminuido pero activo en política), sino que transfiere su sangre y sus genes antidemocrático-caudillistas a las nuevas generaciones de políticos criados en este ambiente perverso y pervertidor. Y el que más preeminencia logre, viene a ser el nuevo dictador dentro de la nueva modalidad que tal figura debe adoptar.

La dictadura de partido es compartida. En lugar de un solo, ahora es el ejercicio de dominar dictatorialmente se distribuye entre tres, con variaciones en la correlación entre ellos de acuerdo a la capacidad de generar apoyo en votos (para usurpar a continuación la soberanía de los votantes) y de la capacidad y posibilidad de hacer trampas con iguales propósitos de poder personal y grupal.

Esto se lleva a cabo no con tantas posibilidades de permanencia ni con tanto poder absoluto, como en el pasado, sino que en cada fase, según las preeminencias partidarias, surgen las tendencias efímeras o prolongadas ala reconfiguración del partido de Estado y del nuevo dictadorcito.

En nuestro caso, las transferencias de Balaguer a otros y las peculiaridades del sistema político, basado en la misma Constitución balaguerista, herencia renovada del trujillismo implantada en 1966 (con algunas remiendos que impiden la reelección presidencial) producen figuras parecidas a Salinas de Gortari, Carlos Andrés Pérez y Menem en la capacidad de simular, corromper y corromperse, pero incluso con fortunas todavía más caudillezcas y con vocaciones trapera similar a la de Fujimori y a la del propio Balaguer.

Estas son señales claras de que falta mucho todavía para construir democracia de verdad.

Señales, sin embargo, que no niegan una característica muy singular de nuestro proceso político, el cual, aún lejos de la democracia real, contiene un conjunto de conquistas en materia de libertad difícil de encontrar en muchos países del área.

Ejercicio de libertades.

Conquistas constantemente torpedeadas pero intensa y exitosamente defendidas.

Ejercicio de derechos ciudadanos más allá de leyes restrictivas o de la práctica represiva.

Sí, en esta región es casi imposible encontrar situaciones donde, desde posiciones contestatarias, se digan tan crudas verdades (expresadas, claro está, en tiempos y espacios reducidos), donde se hagan tantas denuncias responsables y se mantenga vivas y actuales incluso formas temerarias de crítica y de opinión divergente.

Igual en materia de organización, asociación, movilización, protestas y rebeldías diversas.

Contra palos y tiros, pero sin ceder espacios y logros alcanzados, sin aceptar cortes perdurables.

Poca democracia, pero mucha libertad relativa, aunque siempre con oportunidades desiguales.

Libertades ciudadanas.

Libertades democráticas.

Difíciles de echar atrás porque se han logrado a base de mucha sangre, de muchos sacrificios, y porque se han convertido en parte de una cultura emergente que coexiste como contrapartida de la cultura neotrujillista.

Las paradojas del Caribe son así y ésta también es una de ellas: democracia irreal con un significativo grado de libertad política, dentro de un orden social donde todo o casi todo, está encadenado por las fuerzas del gran capital y del gran imperio.

Cosas veredes en esta frontera imperial.

Santo Domingo, República Dominicana.

17 de Abril de 2000.

P.D.: Con más tiempo pude hacer algo mejor, pero entendí fundamental responder al S.O.S. de ustedes más allá de cualquier cosa. Los quiero demasiado para fallarles. Aquí va el primer proyecto, sujeto ahora y siempre a cualquier sugerencia de enmienda o aportes de ustedes. Un fuerte abrazo en este Abril de ensueños.

-
- (1) **Trujillo dominó totalmente el Estado y la vida política, económica, militar e ideológica de República Dominicana durante 31 años (1930-1961), impregnando a nuestra sociedad de su despótico estilo de gobierno.**
 - (2) **Joaquín Balaguer Ricardo fue uno de los más destacados colaboradores intelectuales de Rafael Leonidas Trujillo y llegó a convertirse en segundo hombre y heredero de la tiranía.**
 - (3) **Donald Read Cabral fue miembro de la élite oligárquica disgustada con Trujillo en las postrimerías de su régimen, vinculado al poder estadounidense.**
 - (4) **Caamaño Deñó conspiró contra el régimen del Triunvirato y al cabo de la insurrección popular y de la resistencia contra el invasor se convirtió en el principal líder de esa epopeya.**
 - (5) **Estados Unidos de América disfrazó su intervención militar directa con el manto de la Organización de Estados Americanos (OEA), que después del hecho cumplido conformó la llamada Fuerza Interamericana de Paz (FIP) con participación de soldados brasileños y paraguayos, y policías costarricenses.**
 - (6) **El PRD gobernó durante dos períodos constitucionales sucesivos. De 1978 a 1982 a través de la presidencia de Don Antonio Guzmán Fernández (terrateniente liberal) y del Lic. Jacobo Majluta que lo sustituyó después del suicidio de aquél (1982). De 1982 a 1986, a través del Dr. Salvador Jorge Blanco, quien está procesado por graves actos de corrupción.**
 - (7) **Leonel Fernández es un joven abogado que ha relevado a Juan Bosch en el liderazgo del denominado Partido de la Liberación Dominicana, en su período de mayor derechización y de neoliberalización. Ascendió a la Presidencia de la República en las elecciones de 1996 con el respaldo de Balaguer, garantizándole preeminencia política e impunidad a él y a su corte de asesinos y políticos corruptos.**
 - (8) ***“Memorias de un Cortesano de la Era de Trujillo”* es el título del primer tomo de las memorias de Balaguer, publicado en 1988.**